El oficio del sociólogo: la imaginación sociológica

Guadalupe Valencia García

El título de este trabajo pretende ser un homenaje a un par de obras que influyeron de manera notable entre los estudiantes de sociología de los ya lejanos años setentas. El libro *El oficio del sociólogo* escrito por los sociólogos franceses Bourdieu, Chamboredon y Passeron[1], nos proponía algo que hoy puede sonar a sentido común pero que fue importante en su momento. La idea principal era que el conocimiento no consiste en descubrir una realidad que está allí y se nos muestra de manera nítida, sino que debe ser construida, o mejor aún re-construida desde la óptica de la teoría. La obra *La imaginación sociológica* del connotado intelectual estadounidense Wright Mills[2], por su parte, desmitificaba tanto a la gran teoría como a la empiria pura, para erigir a la imaginación sociológica en una virtud indispensable entre quienes pretendían adquirir el oficio de ser sociólogos. Estas ideas continúan siendo vigentes y han sido, a mi juicio, actualizadas por nuevas vías en las últimas décadas.

En el presente texto defiendo la utilidad de concebir a la sociología como un oficio cuya principal característica es la imaginación: la imaginación sociológica. Entiendo dicho oficio como la suma de capacidades intelectuales que habilitan una manera de colocarse frente a la realidad para dar cuenta de ella, que esgrimen una "mirada sociológica" sobre el mundo o, mejor aún, sobre los mundos sociales e históricos. Esta perspectiva no puede adquirirse como si fuese una suma de saberes técnicos e instrumentales, que se adicionan a un conjunto

1 Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron, *El oficio de sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI ed., 1975.
2 Mills, Wrigth, *La imaginación sociológica*, México, FCE, 2ª reimp., 1974.

mínimamente acordado de conocimientos sobre los fundamentos de la disciplina. No es suficiente, para poseer dicha visión, haber alcanzado los grados académicos que acreditan al sociólogo, ni tampoco la especialización en una temática o una larga experiencia en investigación. Aunque todos los requisitos anteriores pueden contribuir a conformar una visión sociológica acerca de las realidades sociales, el oficio se conquista a fuerza de ejercitar una mirada cargada de imaginación. Quiero proponer, aquí, que dicha mirada puede fundarse en tres imperativos interrelacionados que exploro a continuación. Estos son: a) la desfamiliarización de lo familiar; b) la construcción y re-construcción de la teoría; c) la historicidad del mundo social. Anteceden al análisis de estas exigencias algunas breves reflexiones sobre la propia disciplina y sobre lo que puede significar su entendimiento como un oficio.

La sociología

Esta fuera de los alcances de este breve escrito analizar de manera detallada el proceso de institucionalización de la sociología. Tampoco podemos abordar el debate sobre el estatuto científico de la disciplina a partir de la filosofía de la ciencia, de las diversas epistemologías sociológicas, o de la sociología de la sociología.

En todo caso, podemos señalar que una de las preguntas más incómodas que se le pueden formular a un sociólogo o a un aprendiz de sociología sigue siendo: ¿qué es la sociología? Dicha pregunta suele acompañarse de otra que plantea aún mayores dificultades: ¿para qué sirve la sociología?

La respuesta a las preguntas anteriores es problemática porque la sociología, ciertamente, no es susceptible de ser definida de manera rápida y mucho menos de forma definitiva. Además, dicha respuesta suele ubicarse en diferentes espacios de conflicto y de negociación sobre lo que debe entenderse por conocimiento sociológico. El primero recupera la antigua y obstinada discusión sobre el estatuto científico de la sociología; otro debate se centra en la amalgama e hibridación de métodos y teorías de las diversas disciplinas sociales y una tercera polémica alude a la posibilidad o imposibilidad de contar con teorías omnicomprensivas de validez universal.

En torno al primer debate, y para no entrar en una discusión que rebasa las pretensiones de este texto, me adscribo a la postura de quienes defienden la especificidad de la disciplina con respecto a la cientificidad de las ciencias de la materia y de la vida. Esto es, a la idea de que la sociología no es tanto una ciencia inmadura incapaz de postular leyes generales de lo social, cuanto una disciplina encaminada a hacer inteligible lo social (mediante su capacidad heurística) o, visto de otra manera, a dar cuenta de la historicidad de lo real. Dicha empresa se produce por muy diversas vías, en gran medida alejadas de los requerimientos de la explicación causal que se erigió, durante décadas, como el paradigma hegemónico del conocimiento científico[3]. La propiedad *deíctica* de los fenómenos sociales, esto es su obligada referencia a un determinado contexto espacio-temporal, distingue radicalmente a los fenómenos sociales de los objetos estudiados por las ciencias llamadas "duras"[4]. La sociología, además, "una ciencia que se piensa críticamente a sí misma todo el tiempo", puede ser vista como una "forma de autoconciencia científica de la realidad social", en la cual el objeto y el sujeto están, como en ninguna otra ciencia o disciplina, profundamente imbricados[5].

Es preciso señalar, en todo caso, que no hay una sociología. Lo que existe son tradiciones sociológicas que pueden diferenciarse a partir de los tres grandes clásicos comúnmente reconocidos, Durkheim, Weber, Marx (que fundan las tradiciones explicativa, comprensiva y dialéctica respectivamente) y de otros que han sido incorporados más recientemente: Elías, Simmel, Schutz, Gramsci, entre otros. E incluso, de autores contemporáneos que pueden distinguirse por haber constituido escuelas de pensamiento: Bourdieu, Giddens, Habermas, Berger y Luckman, Luhmann, Wallerstein, Boaventura de Sousa y muchos más.

Hay, entre los sociólogos, quienes se adscriben a un enfoque particular: la fenomenología, la hermenéutica, el interaccionismo simbólico, la sociobiología, etc. Otros privilegian, en su identidad como sociólogos, perspectivas epistemológicas en pugna y se definen, así,

3 Varios autores coinciden en dicha postura. Entre los más importantes, Octavio Ianni. Cfr. Ianni, Octavio, *La sociología y el mundo moderno*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
4 Cfr. Passeron, Jean-Claude, "Le raisonnement sociologique: la preuve et le contexte", citado en: Giménez, Gilberto, "Pluralidad y unidad de las ciencias sociales", *Estudios Sociológicos*, mayo-agosto, año/vol. XXII, núm. 002, El Colegio de México, pp. 267-282, p. 275.
5 Cfr. Ianni, Octavio, Op.cit., p. 63 y ss., también De Sousa Boaventura, *Una epistemología del sur*, Siglo XXI, CLACSO, Buenos Aires, 2009, p.50 y ss.

como constructivistas, relativistas, posmodernos. Hay quienes abrevan de múltiples fuentes; hay quienes retornan a los clásicos; hay quienes redescubren a otros autores que se tenían olvidados.

En todo caso, estamos ante una gran variabilidad en las teorías, métodos y enfoques utilizados que han llevado a un consenso generalizado acerca del doble proceso de fragmentación y de pluralización de la sociología. Ésta se concibe como una disciplina multiparadigmática, fragmentada, plural, parcializada, especializada, cuya heterogeneidad se expresa tanto en la existencia de una buena cantidad de subdisciplinas como en amalgamas e hibridaciones por la vía de la "fusión, recombinación o cruzamiento de especialidades o fragmentos de disciplinas vecinas[6]".

Para algunos se trata de una deplorable fragmentación que impide lograr la deseable unidad de la sociología; para otros, expresa una pluralidad que es teórica y epistemológica y que, lejos de ser lamentable, enriquece la perspectiva sociológica. Es usual, desde este último punto de vista, la defensa de un pluralismo que se opone a un pretendido alcance universal de las teorías y perspectivas sociológicas, dado que: "Las propias variaciones de las relaciones sociales, su carácter enormemente plástico y cambiante, la gran capacidad de los seres humanos para adaptarse a nuevas situaciones, dificulta, si es que no impide totalmente, la persistencia de modelos conceptuales rígidos en la teoría sociológica[7].

Las fronteras entre las ciencias sociales y en especial entre sociología, historia, filosofía y antropología, son cada vez más permeables y abiertas. Los antropólogos, otrora dedicados al análisis de la cultura de sociedades "tradicionales" (étnicas, campesinas, remotas), hoy se suman al estudio de las sociedades modernas y urbanas. Los sociólogos abordan la dimensión simbólica de lo social en sus múltiples manifestaciones en ambientes rurales, urbanos, nacionales o transnacionales. Los historiadores hacen *historia del presente* e *historia acontecimental*, mientras que los sociólogos abrevamos de los métodos

6 Giménez, Gilberto, Op.cit. p. 268.

7 M. García Ferrando, "La sociología: ¿una ciencia multiparadigmática?, en J.Jiménez Blanco y C. Moya, *Teoría sociológica contemporánea*, Madrid, Tecnos, 1978, p. 461, citado por Manzanos Bilbao, César, "Las ciencias sociales: convergencias disciplinarias y conocimiento de fronteras. El caso de la sociología, en, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales,* septiembre-diciembre, año/vol. XLV, número 186, pp. 13-65, FCPyS, UNAM, México.

de la interpretación histórica para dar cuenta de la naturaleza temporal, histórica e historizante, de los procesos que analizamos. Muchas obras filosóficas permanecen, por su parte, como el suelo nutricio del que abrevan algunas de las más lúcidas reflexiones sociológicas.

En este cruce de fronteras que se produce en lo que puede ser visto como un verdadero archipiélago de teorías, conceptos, metodologías y enfoques diversos. ¿cómo explicar a alguien quiénes somos y para qué servimos? Para responder a lo anterior, puede ser útil reconocer una plataforma común, un mínimo de acuerdos previos que constituyen el legado sociológico. Immanuel Wallerstein deriva dichos acuerdos de los tres más grandes clásicos de la sociología —Durkheim, Marx y Weber— en la forma de tres axiomas simples: "la realidad de los hechos sociales, la perennidad del conflicto social, la existencia de mecanismos de legitimación para contener el conflicto, que conforman una base mínima coherente para el estudio de la realidad social[8]".

Podríamos agregar a lo anterior un par de principios sociológicos y tres requisitos en los cuales podríamos coincidir. Los principios sociológicos en los que eventualmente podríamos estar de acuerdo, podríamos enunciarlos así: los actores, sujetos, clases, ocupan posiciones solamente en relación con otros; por ello podemos hablar de la "determinación recíproca de los grupos sociales[9]". Un segundo principio puede expresarse de la siguiente manera: la sociología con su capacidad para desmitificar lo que aparece como natural debe también dar cuenta de los mecanismos que permiten dicha naturalización. Y reconocer, al mismo tiempo, las consecuencias reales que tienen las creencias e incluso las mentiras que a fuerza de repetirse se han adherido fuertemente en las subjetividades sociales. "Es lo que la gente piensa que es, y no lo que realmente es, lo que influye sobre sus actitudes y comportamientos", dice G. Giménez, esclareciendo cómo funciona la eficacia práctica de las representaciones sociales[10].

Los requisitos se refieren a la necesidad de contar con referentes empíricos e históricos en nuestras investigaciones; a la solidez de nuestras argumentaciones teóricas; a la originalidad de nuestras

8 Wallerstein, Immanuel, *Conocer el mundo. Saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, CEIICH-UNAM/ Siglo XXI, México, 2001, p. 261.

9 Giménez, Gilberto, "El debate contemporáneo en torno al concepto de etnicidad, en *Cultura y Representaciones Sociales*, año 1, núm. 1, IIS UNAM, México, Septiembre del 2006, p. 133.

10 Ibidem.

indagaciones en la medida en que seamos capaces de re-construir nuestros conceptos en cada contexto espacio-temporal.

Si coincidimos, de manera general en lo anteriormente dicho, podemos pasar a analizar, muy brevemente, el problema de los fines de la disciplina. Toda vez que es parte de la disciplina el ser un campo de convivencia y de negociación entre teorías, métodos y perspectivas epistemológicas, la búsqueda de la verdad no parece una respuesta admisible para dar cuenta de su utilidad. La discusión debe situarse, a mi juicio, en la valoración y jerarquización de teorías y perspectivas en función de su capacidad para hacer comprensible el mundo social. Y esto último significa ser capaz de reconstruir, de mejor manera, una realidad compleja, cambiante y no pocas veces escurridiza.

Significa, también, hacerlo en función de un objetivo que supere el tautológico conocer por el valor del conocimiento, la verdad o la ciencia. En las ciencias sociales se construye conocimiento en el marco de la disputa por la hegemonía en las interpretaciones de los mundos que habitamos. Ya no se trata sólo de "conocer la realidad" sino de preguntarse ¿qué conocimiento, para qué mundo? Si aspiramos a habitar un mundo más bueno y más justo, entonces los debates teóricos y las pugnas epistemológicas se ventilan en el campo de la lucha por desentrañar al mundo y sus facultades para incidir en su transformación. Tiene razón Boaventura de Sousa: en la dicotomía entre los saberes para la regulación y los saberes para la emancipación, el conocimiento siempre lo es con respecto a cierto tipo de ignorancia y ésta puede calificarse así con respecto a cierto tipo de conocimiento[11].

Una primera conclusión de lo anterior es que la sociología sirve, o debe servir, para conocer e interpretar el orden privilegiado de la lucha por imponer interpretaciones del mundo: el orden político. Si recordamos, con Claude Grignon, que "el carácter y el proyecto sociológico nacieron del sentimiento de que el orden social no es natural ni necesario, así como tampoco el orden político[12]", que se trata de órdenes arbitrarios, entonces, su poder de desencantamiento del mundo aparece como una de sus principales funciones.

La sociología como un saber que devela las condiciones de posibilidad, de construcción y de mantenimiento de los dispositivos

11 Cfr. De Sousa Boaventura, *Crítica de la razón indolente*, p. 33.
12 Grignon, Claude, "Sociología, experticia y crítica social", en: Lahire, Bernard, Op.cit., pp. 141-156, p. 142.

en los que se fundan nuestras sociedades, sirve para develar los mecanismos, -evidentes o velados, prosaicos o sofisticados-, mediante los cuales las sociedades mantienen y administran el conflicto social: nos referimos, principalmente, a los instrumentos y mecanismos para el mantenimiento del poder.

Ya Wrigth Mills, a finales de los años sesentas, afirmaba que los sociólogos deberían tratar de sumergirse en los conflictos y luego, deberían aplicar su imaginación sociológica para desentrañar los sutiles y no tan sutiles elementos de poder y privilegio que ellos contienen y, sólo entonces, podrían evaluar las alternativas conflictivas de un futuro viable. Hay que destruir, decía, "el prestigio del mentiroso relacionando sus mentiras con la desdicha de los que sufren sus decisiones[13]".

Décadas después, Pierre Bourdieu, advertía que "pedirle a la sociología que sirva para algo es siempre una manera de pedirle que sirva al poder. Mientras que su función científica es comprender el mundo social, comenzando por los poderes[14]".

La sociología como oficio: pensar sociológicamente

Antes de que se generalizara la producción en serie, automatizada y normativizada, existían artes, oficios y algunas profesiones denominadas libres o liberales. Había entonces *Escuelas de Artes y Oficios* en las cuales las personas se convertían en maestros de un saber-hacer especializado. Los artesanos, dueños de su propio oficio, conocían los intríngulis de la hechura del producto que, literalmente, tenían entre manos. Se trataba, en general, de trabajadores que estaban orgullosos de su arte, de su saber, de poder elaborar un producto completo y no solamente un fragmento del mismo. Y de hacerlo bien, con economía, con calidad, con belleza.

Pero ¿en qué sentido puede pensarse en la sociología como un oficio? A algunos sociólogos les puede parecer vejatorio, aún y cuando se trate de una metáfora, que se compare una actividad científica con un conjunto de habilidades que se suponen tan alejadas de la ciencia. Considero, por mi parte, que puede defenderse la idea de la sociología como un oficio que comparte con otros algunas características

13 Mills, Wrigth, *De hombres sociales y movimientos políticos*, Siglo xxi, México, 1969, p. 18.
14 Bourdieu, Pierre, *Cuestiones de sociología*, Istmo, Madrid, 2000, citado por: Lahire, Bertrand, "Introducción", en: Lahire, Bernard (dir.), ¿*Para qué sirve la sociología*?, Siglo xxi, Buenos Aires, 2006, pp. 23-29, p. 27.

Quien tiene un oficio sabe *mirar* de cierta manera el material con el que trabaja, puede pensar en el objeto terminado, es capaz de imaginar el proceso y de resolver de manera creativa los problemas que le plantea su material, utilizando para ello las herramientas con las que cuenta. Lo mismo tendría que ocurrir con el trabajo del sociólogo. Debe suponerse que está habilitado para mirar y pensar, con perspectiva sociológica, en el núcleo de su trabajo: la realidad sociohistórica, no importa si ésta se nombra como ruralidad, movimiento social, proceso político, estado nacional o de cualquiera otra forma.

Al igual que el artesano, el sociólogo ejerce su oficio utilizando un conjunto de herramientas (teorías, conceptos, métodos) que sabe usar de cierta manera. Ayudado por su "caja de herramientas" es competente para mirar de una cierta manera la materia con la que trabaja: la sociedad. Debe ser capaz, en síntesis, de convertir, ayudado de teorías y conceptos, una realidad social en un objeto sociológico. A esta cualidad del oficio del sociólogo podemos llamarle "mirada sociológica" o "perspectiva sociológica".

Quien tiene un oficio cuenta con el conjunto de habilidades, de capacidades, para lograr transformar un material y convertirlo en un objeto. Pero cuenta también con ingenio y con experiencia para luchar contra un material que se rebela, para domesticar y dominar a la madera, al cuero, al fierro. Si su oficio es la sociología deberá dominar, comprendiéndolos también, al arraigado sentido común, a las prenociones y prejuicios, a las explicaciones deterministas y monistas, a las que se fundan en la mera experiencia individual, a los estereotipos y a los chiclés. Deberá, en suma, contribuir al "desencantamiento del mundo".

Muy a menudo, el oficio conduce a la producción de piezas únicas, como las artesanías, que tienen el atractivo de nunca ser idénticas unas a otras. En este sentido también somos artesanos: ninguna investigación sobre el mismo tema, sobre el mismo problema, será desarrollada y expuesta de la misma manera por dos sociólogos diferentes. Cada vez que hacemos una investigación abrevamos del acervo existente, eso es innegable. Pero también puede afirmarse que cada vez que investigamos comenzamos de cero porque nos enfrentamos a la especificidad de una realidad y porque optamos entre una, de entre muchas maneras posibles, de dar cuenta de esa especificidad.

Al igual que cualquier artesano que domine su oficio, nosotros debemos contar con cierto tipo de habilidades, experticia le llaman algunos, experiencia de investigación, formación teórica, conocimiento de las herramientas disponibles, pero sobre todo: imaginación.

Pensar con imaginación sociológica significa abordar con una nueva mirada un campo que nos pertenece a todos. La materia de la que está hecho el conocimiento sociológico dice Zygmunt Bauman, en su libro *Pensando sociológicamente*, “es la experiencia de la gente común en la vida común y cotidiana; una experiencia en principio accesible a todo el mundo (…) una experiencia que antes de ser colocada bajo la lupa de un sociólogo había sido vivida por alguien más: un no sociólogo[15]”.

Lo que los sociólogos podemos hacer, lo que se espera de nosotros, añade este autor, es que mostremos “… cómo nuestras biografías individuales se entretejen con la historia que compartimos con nuestros congéneres[16]”. La sociología, se opone a esa visión del mundo personalizada propia del sentido común. En la medida en la que sus observaciones parten de abstracciones y no de individuos o acciones aisladas: “la sociología puede demostrar que la conocida metáfora del individuo motivado como clave para la comprensión del mundo humano (…) es incorrecta. Cuando pensamos sociológicamente intentamos explicar la condición humana a través del análisis de las múltiples redes de la interdependencia humana: esa dura realidad que explica tanto nuestras motivaciones como los efectos de su realización[17]”.

La sociología, de alguna manera, pone en crisis los sistemas de certezas y los sentidos aprendidos cuando invierte los términos de la propuesta durhkheimniana “tratar a los hechos sociales como cosas” para “considerar las cosas como hechos (…) como constructos sociales[18]”.

Esta potencia de la sociología, lo que Bauman llama su “poder antifijador”, hace dúctil un mundo de aparente firmeza. En el fondo, lo muestra como un mundo que podría ser diferente de lo que es[19]. A continuación plantearé brevemente los dispositivos intelectuales que hacen posible dicho poder.

15 Bauman, Zygmunt, *Pensando sociológicamente*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1990, p. 15.
16 Ibid. p. 18.
17 Ibid. p. 20.
18 Vizer, Eduardo, *La trama (in) visible de la vida social: comunicación, sentido y realidad*, Buenos Aires, La Crujía ediciones, 2003, p. 32,
19 Ibid., p. 22.

La desfamiliarización de lo familiar

Si el oficio del sociólogo tiene un "poder antifijador" uno de los principales recursos de dicho poder es la "desfamiliarización" de lo que se ha naturalizado. Develar el carácter arbitrario y no natural de las instituciones, de las leyes, de las costumbres y de las formas de socialidad que compartimos, puede ser un buen inicio en este ejercicio.

La naturalización de las cosas, de la cual desde luego somos partícipes, tiene raíces muy hondas tanto en nuestra vida cotidiana como en nuestras formas de razonamiento. Las certidumbres que nos brinda la repetición, lo mil veces experimentado, lo fielmente repetido, otorga la sensación de coherencia y objetividad[20]. A fuerza de repetirse las cosas se vuelven familiares y la familiaridad, dice Bauman, es enemiga acérrima de la curiosidad y la crítica en la medida en que las cosas familiares son "autoexplicativas", casi invisibles[21].

La razón, decía Dostoievsky, "sólo conoce lo que ha logrado aprender" y daba cuenta, con ello, de la imposibilidad de la razón para pensar lo impensado y para nombrar lo que aún carece de concepto. Para romper este círculo vicioso de la "monotonía intelectual", del "espíritu conservativo" (Bachelard) de la "razón indolente" (Boaventura de Sousa) debemos reconocer que "la razón que critica no puede ser la misma que piensa, construye y legitima aquello que es criticable[22]", o bien admitir, a la manera de Einstein que "no podemos resolver los problemas usando el mismo tipo de pensamiento que usamos cuando los creamos".

En este sentido, la sociología más que ocuparse de explicar cómo son los fenómenos que analiza debe centrar la mirada en las condiciones de creación -de posibilidad- y de instauración -de fijación- de los mismos para dar cuenta de la manera en que llegaron a ser lo que son. Entre más familiares, naturales, obvias, nos parezcan las cosas que nos rodean, más obligados estamos de averiguar cómo es que llegamos, socialmente hablando, a hacer aparecer como obvias, naturales, familiares, dichas cosas. George Simmel inaugura la compilación de su sociología con la pregunta ¿cómo es posible lo social?, e incursiona en el campo disciplinario "no tanto para definir a la sociedad cuanto para establecer

20 Ibidem.
21 Bauman, Op.cit., p. 20.
22 De Sousa Boaventura, *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2003, p 15.

las condiciones de posibilidad de lo social[23]". En la confrontación con ese mundo familiar gobernado por hábitos y por creencias que se realimentan recíprocamente, la sociología actúa como un intruso a menudo irritante dice Bauman. Formula preguntas que transforman las cosas evidentes en rompecabezas: desfamiliarizan lo familiar[24].

Para desfamiliarizar lo familiar hace falta llevar hasta sus últimas consecuencias la idea de que cualquier fenómeno que investiguemos es una construcción social: lo es el tiempo, la globalización, el estado, la ciudad, la migración, la extranjería, la etnicidad y todo aquello que constituya un campo de investigación social. Pero decir lo anterior es todavía demasiado vago. Lo más importante, sociológicamente hablando, es averiguar cómo algo llegó a *ser cómo es* y bajo qué condiciones de posibilidad *es lo que es*. La reconstrucción de los fenómenos en tanto construcciones sociales exige, asimismo, aplicar el principio sociológico, ya mencionado, de la "determinación recíproca de los grupos" (actores, sujetos, clases, sociedades). De esta manera, el tiempo, la globalización, el estado, la ciudad, la migración, la extranjería, la etnicidad o cualquier otro tema pueden ser apreciados como procesos determinados por la relación entre grupos (actores, sujetos, clases, sociedades, naciones) que antagonizan, negocian, hegemonizan, someten, resisten. Pueden ser vistos, así, como configuraciones sociales nunca exentas de procesos de dominación/resistencia.

Así por ejemplo, el tiempo, el calendario y los relojes han llegado a ser tan evidentes para nosotros que apenas si nos detenemos en reflexionar sobre ellos. Comprender los vínculos entre la estructura de una sociedad, con su imprescindible red de determinaciones temporales, y la disposición de los individuos que han nacido disciplinados a una forma de organización temporal que les precede, nos hace olvidar que nuestra concepción del tiempo y nuestras formas de organización temporal, han sido construidas históricamente en un larguísimo proceso que no es otro, según Norbert Elías, sino el proceso de la civilización[25]. El tiempo y sus formas de organización y medición nos parecen tan naturales que olvidamos, a menudo, que el calendario que nos rige no lo hace para todas las sociedades. Relegamos al cajón de las curiosidades las

23 Sabido, Olga, "El extraño", en León, Emma (ed.*), Los rostros del Otro. Reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad*, Anthropos, CRIM-UNAM, Barcelona, 2009, pp. 25-57, p. 34.
24 Bauman, Op.cit., p. 21.
25 Cfr. Elías, Norbert, *Sobre el tiempo*, FCE, México, 1989.

concepciones diversas que sobre el tiempo -y el espacio- tienen culturas que son tan originarias como contemporáneas. Nos olvidamos, en fin, que un Tiempo (el tiempo occidental de la modernidad) se ha impuesto como el cronotopo universal y con ello desconocemos también que las luchas por transformar los mundos sociales son también por la creación de otros tiempos.

Un ejemplo más del ejercicio de la desnaturalización puede provenir del tratamiento del extraño (el ajeno, el extranjero, el paria), y resulta interesante en tanto hablaremos de la desfamiliarización de aquello que, justamente, se caracteriza por no ser familiar: el otro. La conversión del otro en extraño se verifica, según Simmel, en el marco de un "horizonte de familiaridad" en el cual el mundo aparece "como algo accesible, confiable y disponible[26]".

Solemos otorgar el atributo de extraño a ciertas personas o grupos, antes de reparar que sólo una relación social puede atribuirles dicha condición: la extrañeza es una experiencia[27]. El extraño está cerca, dice Sabido, "porque ha entrado en el mundo de vida de otro… ocasionando una ruptura de sentido con lo que se considera natural, lógico y bueno[28]". La categorización de lo propio como positivo, adecuado y por ello superior y de lo otro como negativo, inadecuado e inferior, que da lugar a todo tipo de discriminación supone "un reconocimiento desigual y no recíprocamente equivalente entre actores sociales que ocupan posiciones disimétricas en la estructura social[29]". En esta tesitura, para desentrañar los mecanismos (afectivos, sociales, cognitivos) de construcción del otro y de su categorización como "inferior" lo que importa a la sociología es averiguar cómo -mediante que mecanismos, dispositivos, discursos- los antagonismos sociales se construyen, también, como conflictos de reconocimiento.

La desnaturalización de lo aprendido, de lo familiar, pasa también por una concienzuda revisión del lenguaje y de expresiones aparentemente neutras pero que vehiculizan prejuicios y estereotipos. ¿Por qué, se pregunta Federico Navarrete, solemos decir que en algún lugar todavía se habla una lengua originaria? ¿Por qué nos asombra y

26 Sabido, Olga, Op.cit., p. 29.
27 Ibid., Olga, Op.cit. p. 25.
28 Sabido, Olga, Op.cit., p. 35.
29 Giménez, Gilberto, "Formas de discriminación en el marco de la lucha por el reconocimiento social", en, Gall Olivia (coord..), *Racismo, mestizaje y modernidad: visiones desde latitudes diversas,* CRIM – CEIICH, UNAM, México, 2007, pp.37-61, p. 44.

así lo expresamos, que en pleno siglo xxi la gente muera de hambre? En el primer caso, cuando decimos “todavía”, damos por sentado que las lenguas originarias desaparecerán irremediablemente. Pero ¿tiene esto que ser así? En el segundo caso suponemos que el progreso material y su generalización son obligadas. Pero, ¿qué nos hace pensar que un siglo debe ser, para la humanidad, mejor que el anterior?[30]

El mundo, los mundos sociales e históricos, incluso las estructuras que parecen más inamovibles, no son como son por naturaleza; son así, porque así han sido construidos por las sociedades, por hombres y mujeres a lo largo de muchos años.

La construcción y reconstrucción de la teoría

En este “desencantamiento del mundo” operado por la imaginación sociológica, la teoría tiene un papel protagónico: dota al sociólogo de los lentes para mirar a lo real de una manera no ingenua. De manera metafórica podríamos decir que hay varias clases de cristales y también muchas maneras de usarlos: hay monóculos, lupas, telescopios y hasta caleidoscopios. Los lentes representan las teorías y conceptos mediante los cuales “miramos lo real”. Existen los que permiten miradas precisas, y a veces estrechas, otros posibilitan enfoques panorámicos y, algunos más, visiones condensadas de las múltiples esferas en que hemos dividido, arbitrariamente, a lo social histórico. Hay gafas con las que puede “retratarse” el momento y otras con las que se puede captar a la realidad en movimiento como hacen los cineastas. Es incuestionable que el sociólogo debe preferir, de entre los lentes disponibles para ejercer su oficio, los que le provean de una mirada caleidoscópica y en movimiento. Puede apreciar, así, a los fenómenos sociohistóricos, como procesos, a partir de sus múltiples dimensiones y aristas; puede reconstruir todo fenómeno en términos relacionales, bajo el principio ya esbozado de la “determinación recíproca de los grupos sociales”. Pero no basta tener el mejor lente. Hay que “tener ojo”, como dicen los fotógrafos, y así conseguir el mejor encuadre y ángulo posibles.

Ahora bien los cristales para mirar lo real permiten solamente eso: un ejercicio de observación que no estará completo si el sociólogo, como

30 Navarrete, Federico,”¿Dónde queda el pasado? Reflexiones sobre los cronotopos históricos, en, Guedea, Virginia (coord.), *El historiador frente a la historia. El tiempo en Mesoamérica*, Instituto de Investigaciones Históricas, unam, México, 2004, pp. 29-52, p. 38

artesano, no interviene para construir cada concepto. Los conceptos, dice Renato Ortiz deben tallarse en cada investigación; tal y como sucede con las artesanías, los objetos sociológicos deben ser elaborados pieza por pieza. Ese es el motivo por el cual cada investigación comienza de cero: porque cada estudio particular, cada reflexión sociológica, talla los conceptos en la búsqueda de la especificidad de su objeto[31].

¿Cómo distinguir, de entre las teorías y conceptos disponibles, aquéllos más adecuados para lograr nuestro objetivo? ¿Cómo lograr una mejor adecuación entre el movimiento del pensamiento y una realidad en constante cambio? ¿Cómo invertir una relación en la cual la estabilidad es asumida como la situación normal y el movimiento como extraordinario?

En su *Sociología fundamental*, Norbert Elías se lamenta de que los sociólogos no contemos con los medios conceptuales lingüísticos más apropiados para nuestra tarea. La estructura misma del lenguaje, como bien lo reveló B. Lee Whorf en su *Languaje, Tought and Reality*, restringe seriamente nuestras dificultades para conceptualizar una realidad en movimiento[32]. Este autor alude a "la separación mental que operamos involuntariamente entre el actor y su actividad (…) entre objetos y relaciones[33]".

Muchos de nuestros conceptos, incluidos el de "sociedad" y el de "cambio social", dice Elías: "tienen ese carácter de objeto aislado en situación de reposo[34]". Ante esta situación, propone una reorientación de la sociología para pensar lo que está relacionado a partir de sus vínculod, así como para dinamizar lo que aparece como estático. En el primer caso, critica la errónea manera en la que dos conceptos fundamentales como individuo y sociedad han sido escindidos en la literatura sociológica. "Así, uno se puede ver envuelto en prolongadas discusiones acerca de cuáles son las relaciones que existen entre estos dos objetos que se supone que existen separadamente, a pesar de que en otro nivel de su 'consciencia', uno se da perfecta cuenta de que las sociedades están compuestas por individuos y que los individuos sólo pueden adquirir su carácter específicamente humano (...) su capacidad de hablar, de pensar y de amar, en y a través de las relaciones con los

31 Ortiz, Renato, *Taquigrafiando lo social*, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2004, pp. 11-12.
32 Elías, Norbert, *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 1999, p. 132 y ss.
33 Ibid., p. 135.
34 Ibid., p. 136.

demás, o sea, "en sociedad". En el segundo caso, propone que el concepto poder, por ejemplo, sea visto con referencia a "cambios de poder" más o menos fluctuantes[35].

Podríamos continuar el ejercicio iniciado por Elías y analizar las condiciones en las que un concepto puede funcionar, de mejor manera, para dar cuenta de la historicidad de lo real. Si una teoría o un concepto representan un cierre semántico, una clausura de significado en la cual ciertos contenidos quedan fuera de lo que el propio concepto designa, es muy probable que funcione como un ángulo de lectura que eclipse al movimiento de la realidad antes que iluminarlo[36]. Si, en cambio, el concepto como símbolo abstracto para hacer inteligible lo social funciona como un "mirador" para desentrañar la naturaleza relacional e histórica de lo social, entonces su capacidad heurística será mayor. En este último caso, el concepto deja de funcionar como una palabra que designa un contenido para convertirse en una óptica de análisis, en una clave de inteligibilidad de la realidad.

Mientras que una palabra puede tornarse unívoca en su uso, advierte Kosellek, el concepto debe ser, por definición, polívoco: "…una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa (…) pasa a formar parte globalmente de esa única palabra[37]**"**. Los conceptos contienen muchos contenidos significativos, abarcan contenidos sociales y políticos pero su capacidad heurística no es deducible solamente de los hechos sociales a los que refiere[38]. Los conceptos otorgan a la sociología ese "lenguaje taquigráfico": un código simplificado que por la vía de la abstracción vuelve traducible lo social[39].

Así, por ejemplo, algunas interpretaciones de la definición marxista de clase social, mediante la cual ésta se especifica por la posesión o

35 Ibid., p. 139.

36 Para salvar esa limitación Immanuel Wallerstein se resiste a denominar teoría de los sistemas-mundo al trabajo que realiza y prefiera decir que se dedica a su análisis. Cfr. Wallerstein, Immanuel.

37 Kosellek, Reinhart, *Futuro-pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Ed. Paidós, Barcelona, Barcelona, 1993, p. 117.

38 Ibid., p. 118.

39 "Ya que la realidad es compleja, intrincada, opaca e infinita, la reflexión es llevada a taquigrafíar y seleccionar, para comprender y explicar o esclarecer. La realidad nunca aparece en la interpretación, a no ser figurada y significativamente, por sus articulaciones, nexos y tensiones que no se dan empíricamente. Son articulaciones, nexos y tensiones que se desprenden o construyen lógicamente". Ianni, Octavio, *Enigmas de la modernidad-mundo*, Siglo xxi, México, 2000, p. 142.

carencia de los medios de producción, deja fuera del espectro visual muchas de las luchas y transformaciones operadas por actores sociales no considerados como las clases fundamentales. Mejor resultado puede obtenerse si el concepto de clase es adoptado como una lógica de lectura de lo real, “la lógica del valor”, que permea y en gran medida determina las relaciones sociales y los procesos -económicos, políticos, culturales- en los que estamos inmersos. Visión, ésta última, acorde con la sugerente concepción del historiador marxista inglés E.P. Thompson, para quien la clase al no ser una “cosa sino una relación”, no existe para “tener un interés o una conciencia ideal ni para yacer como paciente en la mesa de operaciones del ajustador”. La clase afirma: “la definen los hombres mientras viven su propia historia, y al fin y al cabo ésta es su única definición[40]”. Thompson nos ofrece unos “lentes” para mirar la construcción histórica de la sociedad de clases que rebasa al espacio productivo y fabril, como arena exclusiva de la lucha de clases, para dotarnos de una mirada caleidoscópica. En ésta, es posible apreciar a las clases en su propio proceso de autoconstitución en un ámbito que rebasa a la ciudad y a la fábrica para mirar también “al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al ‘obsoleto’ tejedor de telar manual, al artesano utópico[41]”. Este ejemplo sobre la capacidad heurística de un mismo concepto en dos de sus acepciones, muestra diversas formas de “esculpir” una realidad concreta para mostrar su fisonomía: en este caso, de mostrar a las clases como sujetos de su propia constitución. Desde luego, podríamos generalizar este ejemplo a muchos otros conceptos como estado, poder o democracia por mencionar sólo algunos.

En todo caso, hay un número limitado de teorías y de conceptos fundamentales, que pueden ser considerados como filón de intuiciones para “cincelar” a los fenómenos sociohistóricos. Se trata de conceptos de gran nivel de generalidad, que condensan lógicas medulares de lo social. Tal y como sucede, por ejemplo, con la teoría marxista del valor, con la concepción gramsciana de la hegemonía o con la noción foucaultiana del poder. Fernando Mires piensa que en cada teoría “coexisten un *quantum* de capital conceptual muerto, o petrificado, y otro de capital vivo que es posible reincoporar a los nuevos procesos de producción teórica”. Así, es posible pensar que “cada teoría

40 Thompson, E.P. “Prefacio”, en *Obra esencial*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 13-18, p. 16.
41 Ibid. p. 17

contiene por lo menos una nueva teoría en estado de latencia[42]". Cabría polemizar sobre la afirmación anterior, y preguntarnos si ese quantum conceptual "petrificado" no corresponde, más bien, al núcleo de mayor estabilidad de las teorías, al que permanece más allá de la verdad o falsedad de sus proposiciones[43].

Una buena manera de considerar lo anterior es la que ofrece Luis Tapia cuando, al analizar la producción teórica de Zavaleta, distingue en su pensamiento una "densidad de síntesis continuas"; una "densidad con núcleos proliferantes" mediante la cual logra, a partir de ciertas categorías teóricas fundamentales, ofrecer nuevos conceptos para la comprensión de la especificidad boliviana[44].

Solemos hablar de la capacidad heurística de las teorías, de su cualidad para proyectarse, desdoblarse, re-construirse. Pero la teoría y los conceptos son sólo parte de "la caja de herramientas". En términos estrictos corresponde al sociólogo, es parte de su oficio, ejercer la creatividad para distinguir la caducidad o vigencia de las teorías y poder, así, reconstruirlas e incluso renovarlas a partir de los nuevos materiales que la historia en la que se encuentra inmerso le provee. Tiene razón B. Lahire cuando señala que los conceptos sociológicos son palabras sin ninguna fuerza o valor científico en sí mismo y agrega que: "su única validez reside en el encuentro y confrontación con el mundo social y, en última instancia, en la capacidad que tengan para captar y organizar elementos del mundo social[45]". Pero esa capacidad, cabe insistir, le corresponde al sociólogo y no al concepto con el cual trabaja.

Para finalizar esta breve reflexión es importante reconocer, asimismo, que cada concepto con el que nombramos a lo real se encuentra en tensión con las nociones que sustentan la interpretación hegemónica de una sociedad y aquéllas que antagonizan con ésta. Una verdadera disputa semántica ocurre cuando la terminología sociopolítica pone en tensión el contenido de ciertas nociones que forman parte del léxico político de una sociedad. Clase, pueblo, masa, ciudadanía, sociedad civil, etnicidad, expresan y sostienen dispositivos del poder, luchas sociales y proyectos de nación. Imperialismo,

42 Mires, Fernando, *Crítica de la razón científica*, Nueva Sociedad, Caracas, 2002, p. 158.
43 Cfr. Zemelman, Hugo. *Los horizontes de la razón. I. Dialéctica y apropiación del presente*, Anthropos, Colegio de México, Barcelona, 1992. - 34.
44 Tapia, Luis, *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta,* Muela del Diablo, Bolivia, 2002, p. 321.
45 Lahire, Bernard, *El espíritu sociológico*, Manantial, Buenos Aires, 2006, p. 64.

dependencia, internacionalización, globalización, colonialismo, caracterizan de manera diversa los vínculos entre naciones centrales y periféricas: entre el norte y el sur del mundo, entre países ricos y pobres, entre grupos antagónicos al interior de las naciones.

La historicidad del mundo social

El imperativo ya señalado de "tallar los conceptos", comenzando de cero en cada estudio social que emprendamos, no tiene otra razón sino la de la historicidad de nuestros objetos. No es éste el espacio para analizar las lejanas pugnas entre la disciplina de la historia y la sociología, ni para dar cuenta de las dificultades de su resolución. Baste señalar que, entre los sociólogos, hay un creciente acuerdo sobre la necesidad irrenunciable de incorporar la dimensión histórica en nuestros análisis.

No se trata de repetir el lugar común de que nuestro conocimiento o la realidad que analizamos son históricos. La historicidad, dice Agnes Heller "no es algo que nos haya sucedido. No es una propensión en la que nos podamos deslizar como si fuese un vestido. La historicidad somos nosotros". Todas nuestras interpretaciones, experiencias, informaciones, acciones, lo son de nuestro presente histórico[46].

Tal vez adelantándose a su época y esbozando una proto-defensa de la pluralidad sociohistórica, Mills concebía a toda sociología como "sociología histórica" y a la historia como "el fuste del estudio social[47]". La intimidad entre sociología e historia era defendida por este autor porque veía en el conocimiento de una diversidad de estructuras y de principios de cambio histórico la superación del "provincialismo histórico" y la posibilidad de formular los problemas históricos y sociológicos de una estructura social cualquiera[48].

Pero el asunto rebasa las relaciones entre la disciplina histórica y la sociológica. Cuando hablamos de incorporar en la teoría la dimensión histórica no nos referimos al conocimiento historiográfico acumulado sobre el pasado de un fenómeno en cuestión, cuanto a la historia del fenómeno en el momento en que se estudia: a la dimensión histórica del presente. La idea de que todo acontecimiento social expresa su historicidad, dice Octavio Ianni, coloca a la sociología ante la necesidad

46 Heller, Anges, *Teoría de la historia*, Fontamara, 1997, p.9.
47 Mills, Wright, La *imaginación sociológica*, op.cit., pp. 159-160.
48 Ibíd., p. 163.

de recrear la historicidad de los acontecimientos, así como de distinguir que la duración de éstos no es homogénea en el conjunto de la sociedad, ni tampoco uniforme a lo largo de los años, fases, épocas y ciclos[49]. Pero no todas las teorías sociológicas pueden hacer lo anterior de la misma manera. En la sociología funcionalista, dice este autor, "lo que importa es la historicidad organizada con base en el principio de la causalidad funcional; en la sociología comprensiva lo está en términos del principio de la conexión de sentido y en la sociología dialéctica la realidad social se articula y transforma según el principio de contradicción[50].

Ahora bien, si todo acontecimiento social no es otra cosa sino "su propia historicidad" lo es porque, en su determinación recíproca, los grupos sociales han construido ese acontecimiento, esa coyuntura, esa historia y no otra. Debemos rescatar la manida expresión "los hombres hacen su propia historia" y situarla de nuevo en el centro de la reflexión. Los hombres, y las mujeres, son autores de sus historias, dice Kosellek, tanto si son culpables de las consecuencias de sus acciones como si no lo son; porque son responsables, finalmente, de la inconmensurabilidad entre sus intenciones y sus resultados[51]. Esto es así porque la historia real en que estamos inmersos no está fabricada: está siendo y serán nuestros herederos quienes aprecien el verdadero resultado de nuestras acciones.

En este marco, debe interesar al sociólogo desentrañar la relación que, en cada fenómeno, se produce entre el presente histórico, que es su propio presente, y los pasados y futuros que contiene. O, dicho de otra manera, reconstruir al fenómeno como suma de temporalidades -como vínculo complejo entre memoria, experiencia y anticipación-, condensadas en su propia historicidad. En sus *Tesis de filosofía de la Historia*, Benjamin se opone a la idea del tiempo como un ámbito homogéneo dentro del cual los acontecimientos suceden, para plantear al tiempo como una dimensión del propio acontecimiento, un "tiempo de la actualización momentánea". Benjamin rechaza la idea de que el pasado está petrificado y ha caducado, para proponer que tiene un papel activo y activador del presente.

Lo anterior es importante porque en dicha mirada radica la posibilidad de generar nuevas y mejores interpretaciones del mundo; aquéllas que reconozcan no sólo que la historia pudo ser diferente

49 Cfr. Ianni, Octavio, *La sociología y el mundo moderno,* Op.cit., p. 110.
50 Ibid., p. 111.
51 Kosellek, Reinhart, Op.cit. pp. 265-266.

sino también cuáles son las historias inconclusas que hoy pugnan por hacerse realidad. O, como decía el propio Benjamin: "pasar el cepillo a contrapelo de la historia" para descubrir las "historias vencidas" que coexistieron con la que hoy se erige como historia triunfante.

Pero de la misma manera, puede atribuirse al oficio del sociólogo, el reconocer la novedad allí donde la historia muestra una nueva fisonomía que no siempre se corresponde con los conceptos y palabras con los que hemos nombrado al cambio. Jamás somos plenamente contemporáneos de nuestro presente, dice R. Debray. La historia entra al escenario con la máscara de la escena anterior y cada vez que recomienza hay que anudar de nuevo los hilos de la trama. Pero la culpa advierte "no es de la historia, sino de nuestra mirada, cargada de recuerdos e imágenes aprendidas. Vemos el pasado superpuesto al presente, aunque ese presente sea una revolución[52]".

Si esperamos que la sociología aporte una perspectiva amplia, caleidoscópica y plural sobre el mundo, el entendimiento del tiempo histórico, más allá de la cronología, entendido como un mundo pleno de sentido constituye, tal vez, la función más importante de la imaginación sociológica.

52 Debray, Regis.¿ Revolución en la revolución? en *Punto final*, Documentos, marzo 1967, Santiago de Chile, p. 2.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt, *Pensando sociológicamente,* Nueva Visión, Buenos Aires, 1990.

Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron, *El oficio de sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI ed., 1975.

De Sousa Boaventura, *Crítica de la razón indolente*, Desclée de Brouwer.

De Sousa Boaventura, *Una epistemología del sur,* Siglo XXI, CLACSO, Buenos Aires, 2009.

Debray, Regis, ¿Revolución en la revolución? En ¨Punto final, Documentos, marzo 1967, Santiago de Chile.

Elías, Norbert, *Sobre el tiempo*, FCE, México, 1989.

Elías, Norbert, *Sociología fundamental,* Gedisa, Barcelona, 1999.

Giménez, Gilberto, "El debate contemporáneo en torno al concepto de etnicidad, en *Cultura y Representaciones Sociales,* año 1, núm. 1, IIS UNAM, México, Septiembre del 2006.

Giménez, Gilberto, "Formas de discriminación en el marco de la lucha por el reconocimiento social", en, Gall Olivia (coord.), *Racismo, mestizaje y modernidad: visiones desde latitudes diversas,* CRIM – CEIICH, UNAM, México, 2007, pp.37-61.

Giménez, Gilberto, "Pluralidad y unidad de las ciencias sociales", *Estudios Sociológicos*, mayo-agosto, año/vol. XXII, núm. 002, El Colegio de México, pp. 267-282.

Heller, Anges, *Teoría de la historia*, Fontamara, 1997.

Ianni, Octavio, *Enigmas de la modernidad-mundo*, Siglo XXI, México, 2000.

Ianni, Octavio, *La sociología y el mundo moderno*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

Kosellek, Reinhart, *Futuro-pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Ed. Paidós, Barcelona, Barcelona, 1993.

Lahire, Bernard, *El espíritu sociológico*, Manantial, Buenos Aires, 2006.

Lahire, Bertrand, "Introducción", en: Lahire, Bernard (dir.), ¿*Para qué sirve la sociología*?, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006, pp. 23-29, p. 27.

Manzanos Bilbao, César, "Las ciencias sociales: convergencias disciplinarias y conocimiento de fronteras. El caso de la sociología, en, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales,* septiembre-diciembre, año/vol. XLV, número 186, pp. 13-65, FCPyS, UNAM, México..

Mills, Wrigth, *De hombres sociales y movimientos políticos*, Siglo XXI, México, 1969.

Mills, Wrigth, *La imaginación sociológica*, México, FCE, 2ª reimp., 1974.

Mires, Fernando, *Crítica de la razón científica*, Nueva Sociedad, Caracas, 2002. Guedea, Virginia (coord.), *El historiador frente a la historia. El tiempo en Mesoamérica*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 2004, pp. 29-52.

Ortiz, Renato, *Taquigrafiando lo social*, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2004.

Sabido, Olga, "El extraño", en, León, Emma, Los rostros del otro. Reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad, Anthropos, CRIM-UNAM, Barcelona, 2009, pp. 25- 57.

Tapia, Luis, *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta,* Muela del Diablo, Bolivia, 2002.

Thompson, E.P. "Prefacio", en *Obra esencial*, Crítica, Barcelona, 2002.

Vizer, Eduardo, *La trama (in) visible de la vida social: comunicación, sentido y realidad,* Buenos Aires, La Crujía ediciones, 2003.

Wallerstein, Immanuel, *Conocer el mundo. Saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, CEIICH-UNAM/ Siglo XXI, México, 2001.

Zemelman, Hugo. *Los horizontes de la razón. I. Dialéctica y apropiación del presente*, Anthropos, Colegio de México, Barcelona, 1992.